

Mictlán

Ana Gabriela Balcazar Pérez



Ilustraciones

Sandra Joanné Rodríguez Salas



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto
Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez

Director de Comunicación Social

Mictlán

Ana Gabriela Balcazar Pérez

Ilustraciones

Sandra Joanné Rodríguez Salas

Corrección de estilo

Laura Monserrat Castro Carmona

Diseño editorial

Mayra Estefanía Cortés Aguilar

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022

Índice

Introducción

pág. 1

I

pág. 4

V

pág. 33

II

pág. 14

VI

pág. 37

III

pág. 21

VII

pág. 44

IV

pág. 28

VIII

pág. 51

Introducción

En las siguientes páginas, encontrarás un relato sobre la muerte. La aceptación de un nuevo mundo en el que las personas que resultaron significativas ya no existen es un hecho al que tarde o temprano habrá de enfrentarse todo ser humano. Tanto es así que la existencia de otro destino después de la muerte es una noción común en toda civilización. Aunque cada una de las concepciones sobre la vida después de la muerte es interesante, esta narración se ambienta y toma su inspiración en la cosmovisión de los mexicanos, en lo que hoy se denomina Mesoamérica.

Durante la historia, acompañarás a *Tlanextli*, una mujer joven y recién fallecida por problemas del corazón, en su recorrido por tierras desconocidas: el *Mictlán* o la tierra de los muertos. En el viaje, no solo tendrá que enfrentarse a las vicisitudes que este sitio contiene, sino que también hará frente a las dudas que las circunstancias de su muerte suscitan en ella. En su larga travesía, *Tlanextli* se encontrará con otros difuntos que la harán reflexionar sobre su manera de interpretar su destino, así como el orden del mundo.

El texto está inspirado en la visión que tenían los mexicas sobre el mundo al que se esperaba llegar luego del deceso. Según sus creencias, el fallecido tenía que recorrer la tierra de los muertos para llegar a la casa de los dioses que lo gobiernan, *Mictlantecuhtli* y *Mictecacíhuatl*, por lo cual no podría considerarse un castigo, sino un privilegio poder ver a los dioses en persona. La peregrinación, que duraba cuatro años, era ardua debido a la naturaleza oscura y fría del inframundo, aunque su dificultad se corresponde con la connotación positiva o aceptable que se tenía del sacrificio, debido a que es necesario para la renovación del mundo y que este siga en movimiento. Pese a todo esto, no debes olvidar el carácter humano de la protagonista, pues estará en su naturaleza dudar sobre el propósito de todo lo que tiene que pasar.

A pesar de que existe mucha información sobre el *Mictlán*, esta historia toma como base principal las investigaciones realizadas por el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, ya que, como especialista en la materia, es él quien puede darle un mejor sentido y forma a la información recabada tanto en los códices como en los vestigios encontrados. En menor medida, pero igual de importantes también fueron las investigaciones de Alfredo López Austin sobre el funcionamiento de los componentes anímicos en Mesoamérica. Por supuesto, al tratarse de un escrito original y ficticio, esta es una interpretación más de dichos datos.

También se toman en cuenta las descripciones dadas en algunas fuentes más cercanas a la época, como la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, así como el *Códice Vaticano A*. Estas son dos de las fuentes más citadas para este tema, y fueron utilizadas para la construcción de los espacios. La estructura de los capítulos retoma las áreas descritas en las fuentes, las reorganiza y las reinterpreta de una forma original combinando ambas perspectivas.

I



El silbido del viento me rodea y, en un instante, se consume durante mis primeros pasos. De pronto, se cierne ante mí la figura espectral de un río tan largo y profundo que sus aguas se asemejan a un espejo negro, vacío e infinito. Con solo un vistazo lo sé: un paso dentro de él significaría el fin de mi existencia. Me detengo a analizar este pensamiento, y río por unos segundos: un muerto con miedo a morir otra vez.

A pesar de la negrura del lugar, puedo verlo todo. Las aguas corren con calma y, aun así, el sonido producido por su movimiento penetra en mí y me envuelve en un sentimiento de inquietud. En la superficie flotan todo tipo de armas: cuchillos, lanzas, arcos sin flechas, pero la anchura del río los hace ver como si fueran juguetes

diminutos y olvidados. Es imponente. Veo a más gente andar del otro lado y yo, aquí, me siento como si frente a mí no estuviera un río, sino la marca de inicio de una gran carrera.

Necesito sentirme preparada. Medito; mi respiración se acompaña y toma el ritmo lento del agua. El camino que me espera es largo y todo lo que sé no es más que suposiciones hechas en vida. Con esto en mente, comienzo el descenso hacia la orilla. La inclinación del terreno que está llena de piedras y espinas me lleva con violencia. Entre más me acerco, la tierra se torna más húmeda y la cantidad de piedras afiladas por la corriente aumenta.

Tomo un *atlatl* cerca de la orilla y lo lanzo lo mejor que puedo, con mi burda técnica, para tantear el terreno. Después de la caída, el agua vuelve a un silencio tenebroso. Por eso, en vida, les dije a mis padres que yo también necesitaba saber cómo se hacía. En este momento, me siento indefensa. Veo gente que, a diferencia de mí, corre hacia el río y se apresura a cruzarlo con sus propias manos. Yo espero; me contaron que el secreto para pasar al otro lado estaba en nunca hacerlo sola, para esto requería la ayuda de *alguien* más.

Ahora estoy aquí, en la tierra de los muertos, y no conozco nada más que los rumores, aquello que se contaba. Prefiero observar primero, esperar y verificar. Un tipo ya va casi por la mitad y no ocurre nada. «¿Estaríamos equivocados?» Escucho el chapoteo



de sus manos y, de pronto, un ligero tamborileo emerge dentro de las aguas y comienza a propagarse hasta mis pies en la orilla. Entonces, distingo una sombra en las profundidades: es una silueta monstruosamente grande, tanto que retrocedo en mis propios pasos. Después de vacilar, grito:

—*¡Oye! ¡Sal de ahí! ¡Apresúrate!*

La figura detrás de la cortina acuática se mueve sigilosamente. Puedo intuir que se trata de un lagarto por sus fauces y su piel agrietada de un color verde apenas distinguible por la oscuridad. Desde la penumbra que la cobija, abre la quijada lentamente, como todo un depredador listo para devorar a su presa. Dejo de gritar, no tiene sentido. Aunque lo intente, aquella persona no tendrá a dónde ir. Las fauces de *Xochitonal* emergen y con saña devora la parte inferior del hombre. Escucho sus gritos y veo su sangre diluirse rápidamente en la negrura del agua.

Presto atención a los demás que, asustados, continúan su camino, y noto algo más. Algunos, por mucho que chapotean, no pueden avanzar, mientras que otros ya están prácticamente hundidos. Parece que algo los detiene. No pueden cruzar; aunque lo intentan, se hunden y se pierden. Desde dentro emerge la sangre: *Xochitonal* y el río no perdonan. Me siento a la orilla y espero. El cruce no depende de mí; necesito de mi amigo para cruzar, un perrito



precioso llamado Yóllotl. Lo echo de menos; la muerte no detuvo el amor que le tengo.

Yóllotl falleció antes que yo, así que le pedí a mamá que me enterrara donde él. Me pregunto qué habrá sido de él, si estará a salvo. Frente a este sepulcro acuático me siento más sola. Entonces, lo veo: se aproxima desde el otro lado del raudal con la lengua de fuera y los ojos saltones y brillantes en un gesto de total alegría. Se acerca al agua y se lanza como si para él fuera un paisaje cotidiano. Sus cuatro patas avanzan rápido; escucho el agua moverse ligera a su alrededor y siento que las lágrimas cobijan mis ojos, que, desde antes de llegar al último paraje de vida, yacían secos cual pozos vacíos.

Yóllotl tiene un cordón blanco en el cuello, lo reconozco de inmediato. Cuando vivía, tuve que enfrentarme a la difícil tarea de arroparlo; sostener su cuerpo apagado y triste fue un golpe irreparable para mi corazón, que para entonces ya estaba débil. Aún conserva el hilo, tan delgado como él. Al parecer, Yóllotl vagó y esperó durante meses, y no perdió la esperanza de volver a verme. Lo imagino recién llegado, asustado y decepcionado al pensar que lo habíamos abandonado en una tierra oscura y siniestra.

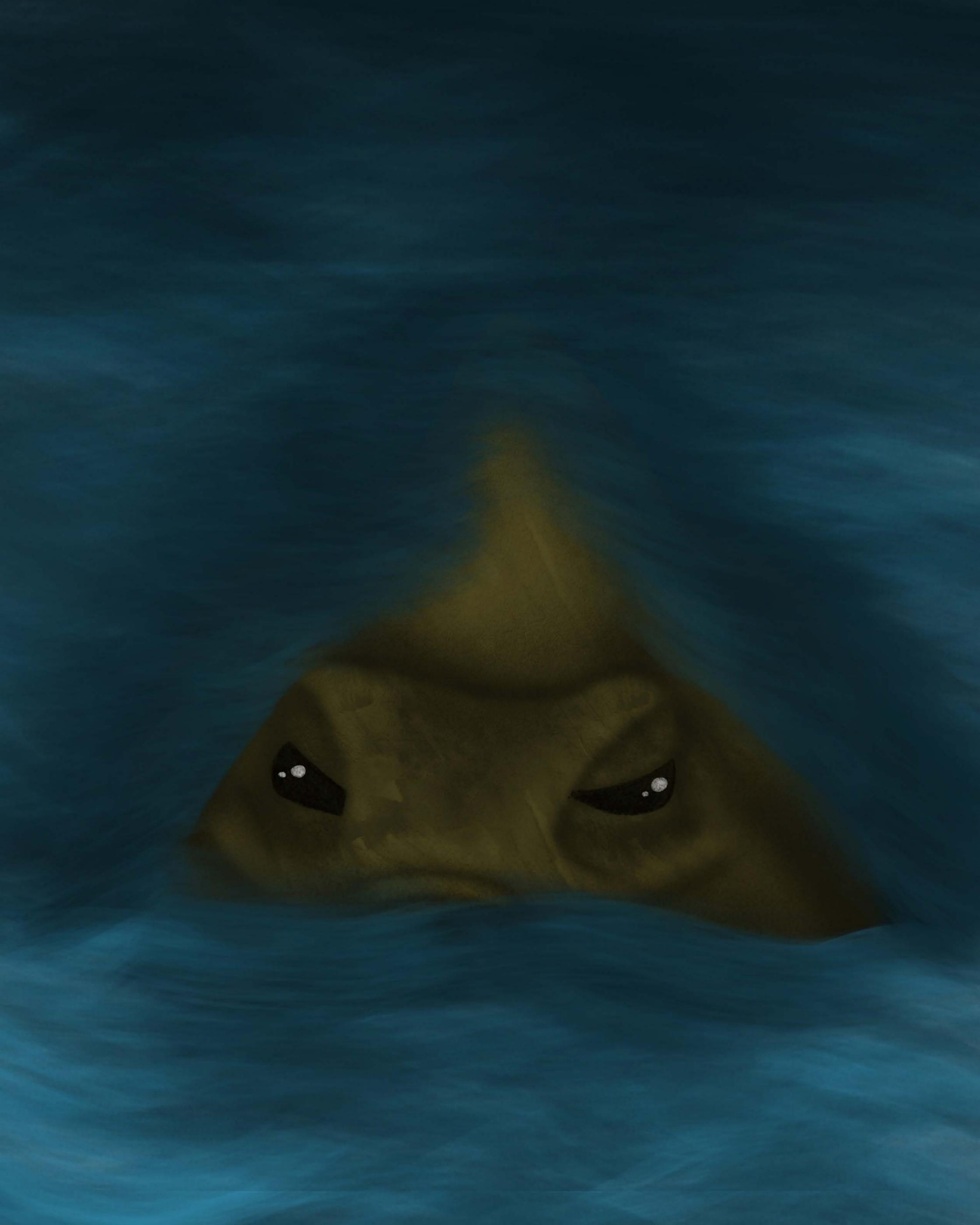
—Este será nuestro último viaje —lo abracé— podrías haberte ido, pero no lo hiciste.



Cierro los ojos e inhalo el aire frío y putrefacto del lugar, al exhalar dejo que se lleve las dudas. Tengo miedo, pero ¿qué sentido tendría quedarme aquí? Me introduzco en el agua; está fría y tiene un olor fétido, una mezcla entre sangre y carne putrefacta. Abrazo a Yóllotl por la espalda con vacilación, pues llevo un costal conmigo y, aunque no es muy grande, me pregunto si será mucho para él. Mi amigo nada serenamente; el peso de mi cuerpo desaparece, puedo flotar por el agua sin problemas.

A la mitad del camino recuerdo la escena anterior: los hombres devorados uno tras otro sin piedad. Una mezcla de temor y curiosidad se asoma por mis pupilas; quiero mirar hacia dentro y echar un vistazo al guardián de las aguas, pero me asusta la idea de verlo frente a frente y que me arrastre al fondo del abismo. Me aferro a Yóllotl con firmeza, ahora sé que no le haré daño con mi peso. Él saca la lengua mientras nada sin problemas. Actúa como si esto fuera un paseo por el parque. «*Qué envidia le tengo*». Me pregunto si tendrá idea de lo que nos espera, verbalizo mi pregunta y no hay respuesta, pero sí unos ojos alegres y profundos que me hacen pensar que, a pesar de todo, estaré bien porque no iré por este camino sola.

Aprovecho la seguridad que me proporciona Yóllotl y busco en la superficie del agua algún arma cercana que no esté tan dañada.



Encuentro un macuahuitl, lo tomo y lo ciño a mi cuerpo. No tengo idea de cómo empuñar uno y aun así me brinda una sensación de seguridad saber que ahora lo tengo conmigo. Un macuahuitl viejo y roído por las aguas, robado a un muerto que ya no lo necesita. Antes de salir del agua, con el valor del arma, volteo y encuentro los ojos de la criatura viéndome fijamente. No encuentro ningún indicio de malicia; al contrario, me recuerdan a los de Yóllotl. Le doy un significado: me desea suerte. Me despido con la mano, y la cabeza del animal desaparece entre las aguas, indiferente.

II



No tuve que esforzarme para encontrar el camino. Apenas veo hacia el horizonte, mi mirada se cruza con dos montañas enormes que se mueven de forma irreal, como si la tierra que las conforma se balanceara de un lado a otro. Son famosas por constreñir a quienes pasan por ahí sin cautela: las montañas que chocan. No hay otra forma de cruzar sino es a través de ellas. Se extienden por todo el paisaje lateral y, de la misma forma, todas se balancean de un lado a otro, como un péndulo imposible y terrenal. Veo figuras diminutas: el gentío se dispersa entre las montañas. A pesar de que todos vamos al mismo destino, nadie habla.

Examino las montañas; por la parte inferior, debido al movimiento oscilatorio, las piedras y la tierra se friccionan entre sí, como si de sierras se trataran. Las partes superiores, al ser más estrechas y

altas, no alcanzan a encontrarse. Entre más arriba se posicione alguien, más difícil será encontrarse con aquellas sierras. Sin embargo, entre más altura haya, mayor será la oscilación y, por lo tanto, también será mayor el riesgo de caída, especialmente al momento del descenso. En pocas palabras, entre más abajo se encuentre alguien, más fácil será caer en las fauces de la montaña; por el contrario, entre más arriba se posicione, mayor será la probabilidad de simplemente caer. Además, tengo que pensar en Yóllotl; soportó mucho tiempo solo, con un río negro y putrefacto como única distracción. Concluyo que en ambos casos el riesgo de caída es el mismo. Tomo una decisión.

—Prepárate, amigo mío. Ascenderemos.

Si no hubiese visto con mis propios ojos el movimiento irreal de las montañas, habría pensado que tenía un fuerte mareo o que estaba en medio de un temblor. Mientras más subimos, el camino se torna más inestable por la fluctuación lenta de lado a lado.

—En tierra no se siente tan feo —le digo a Yóllotl.

En vida, tras la terrible experiencia de un terremoto cuando yo estaba sobre las chinampas, me familiaricé con la experiencia. Ahí no había un suelo firme al cual aferrarse, sólo podías encomendarte a los dioses y esperar lo mejor. Aquí, en el reino de los muertos, la si-



tuación es diferente, pero no menos complicada. Pongo atención a cada paso y con delicadeza dirijo mi peso en dirección contraria al movimiento buscando estabilidad. Funciona; me acostumbro poco a poco a la incertidumbre, al sonido del crujido interior de la tierra.

A punto de llegar a la cima, la curiosidad aflora en mí; quiero mirar hacia abajo, asomarme y ver las sierras encontrándose unas con otras. Coloco a Yóllotl del lado contrario para que no caiga por error. Debajo, el punto en el que los cerros chocan está lleno de sangre. «¿Y los cuerpos?» De pronto, escucho el eco de una sonaja, seguido de un siseo. Busco la fuente del sonido con la mirada; puedo sentir que está muy cerca, así que me quedo quieta. Cuando la descubro, percibo que es de un color que imita a la perfección la tierra oscura y húmeda que conforma la estructura del monte. Yóllotl se me pega a las piernas.

Del lado contrario, en la montaña contigua, hay una serpiente de cascabel enroscada a modo de anillo; es lo suficientemente grande como para rodear una de las montañas, no una ni dos, sino tres veces. Ha levantado la cabeza; la hemos molestado con nuestro ruido.

—*Ya sabemos por qué no hay cuerpos*—susurro para Yóllotl, en un intento de no dejarme llevar por el pánico.

Mi papá pensaba que las serpientes eran incomprendidas por la mayoría. Se les respetaba por su carácter sacro, sin embargo, también se les temía debido a su mortalidad. Él llegó a decirme alguna vez cuando era pequeña que en realidad son bastante tranquilas; el sonido es una advertencia. Si lo pienso bien, me está pidiendo que me vaya. Cesó la plática con Yóllotl y camino con precaución hacia el otro extremo de la montaña, me alejo tanto como es posible. Hubiera preferido realizar el descenso desde el centro, pero tendremos que hacerlo por la esquina más lejana.

Doy zancadas tan ligeras y sigilosas como puedo. Yóllotl entiende la idea, ahora sus ojos tienen un brillo distinto, opaco; está cabizbajo y su colita ha perdido la alegría. Lo único que nos acompaña es el gruñido del cerro al tambalearse. Todo es incierto e inestable, pero tengo esperanza de que la serpiente sepa que no es mi intención molestarla. Imito el semblante sumiso de Yóllotl, bajo la cabeza mientras preparo el descenso. El reptil comienza a bajar la cabeza y vuelve a enroscarse, nos deja ir. De nuevo escucho los latidos de mi corazón, que, por un momento, parecían haber cesado.

El camino es empinado; me da miedo que Yóllotl caiga y ruede a una muerte segura, pero recuerdo que ya no conformamos parte de ese conjunto de seres: los vivos. Aun así, no puedo confiarme; el camino es largo, entre más daños tengamos en el cuerpo, más



difícil será llegar a la meta. No obstante, todavía no entiendo para qué querría llegar: vivir es cansado y, al parecer, estar muerto también lo es. Dejo de preocuparme por Yóllotl, apenas iniciamos el descenso y él apura el paso mientras su cola apunta hacia arriba. Parece adaptarse mejor que yo a esta tierra húmeda y movediza. Me esfuerzo por no caer; quisiera estar tan despreocupada como él. Mientras bajamos, recuerdo a mi familia y trato de ignorar los gritos y los lamentos que escucho desde diferentes direcciones, como llevo haciendo desde que llegamos.

III



Estoy al pie de otra barrera de montañas, pero estas son diferentes: parecen imposibles de atravesar. En las anteriores, con concentración y gran paciencia bastaba para tener esperanza en que llegaríamos a salvo. Estos son mucho más empinados; exigen que escales con manos y pies. En sí mismo, eso ya requiere de un arduo esfuerzo que no garantiza que llegues a la cima, pero ese no es el mayor de los problemas. El gran monte es de piedras de obsidiana: hay de todo tipo de tamaños y grosores, cada una de ellas es puntiaguda y afilada.

Llevo un rato aquí sentada mientras tejo algo parecido a un mecapalli casero y rústico, pero resistente. Me tomo mi tiempo, pues aquí Yóllotl no puede subir por sí solo y esta es la mejor idea que tengo. Una mujer mucho más madura que yo se acerca. Es la pri-

mera vez que alguien lo hace. El lugar es tan grande que es difícil encontrarse con alguien y, cuando lo haces, generalmente estás más atento al camino que a tener compañía. Cuando pienso en eso, veo a Yóllotl y lo acaricio. Tal vez sea porque tienes al único compañero que necesitas a tu lado. Este es un recorrido íntimo, una prueba espiritual individual.

Tal vez estemos muertos, pero aún nos guardamos el mismo respeto y cordialidad. Después de saludar a la mujer, nos presentamos; le digo mi nombre y ella me da el suyo. Se llama Xiuhtlalli y su pequeño amigo Xiuhtototl. Se me ocurre un pésimo chiste sobre la bonita coincidencia, pero lo guardo para mí, entre mis intentos internos por controlar el cansancio y la fatiga.

—*Tlanextli ¿eh?* —susurra la mujer. Luego continúa con un tono más audible—: *Tienes un nombre muy bello, hijita* —ella no es tan grande, pero sí lo suficiente como para ser mi madre.

—*Gracias* —le digo. Trato de ocultar la tristeza. Me siento rara, no sé cuándo fue la última vez que pronunciaron mi nombre, ni cuánto tiempo llevo muerta. Además, extraño la luz del sol y ese tono cálido que le daba al paisaje. «¿Por qué no veo nunca el sol?» Se supone que transita por aquí al anochecer. Miro hacia arriba y veo una especie de neblina, me doy cuenta de que también inunda el espacio de aquí abajo, pero es menos densa. «Ah, claro», me digo.



—*Voy a ser clara, la razón por la que te hablo es porque quiero negociar.* —La voz de Xiuhtlalli pierde la dulzura de antes, está más seria.

—*¿En qué puedo ayudarle, señora Xiuhtlalli?* —respondo con un tono amable. Mientras no tenga que ver con Yóllotl, puedo disponer de todo.

—*Dispongo de material resistente, tengo de sobra para elaborar protección para las manos y los pies de ambas. Sin embargo* —dio un suspiro, como si le doliera admitir la siguiente sentencia—, *ya no soy tan joven ni tan fuerte como para llevar más cosas, especialmente a mi perrito, pero no estoy dispuesta a abandonarlo. ¿Entiendes hacia dónde voy?*

—*Quiere que lleve a Xiuhtototl.* —Lo miré; no era grande, seguro podría con un peso extra. Ante esto, añadí—: *No será inconveniente.*

Comienzo a abrocharme las protecciones en la cabeza y en las manos. Le pido ayuda a Xiuhtlalli para colocarme el *mecapalli* improvisado y modificado para poder subir la pendiente. Tal como lo imaginé, las protecciones no me libran de padecer algunas cortadas y raspaduras en las rodillas, pero me basta con proteger las extremidades. Además, esto no es nada a lo que no estuviese

acostumbrada. Llegan a mí los amargos recuerdos de los sacrificios en vida; hay en ellos una sensación agridulce, parecida a la que tengo ahora.

Mientras escalo, medito para intentar disociarme de este suplicio. La sangre de mi espíritu bañará este cerro; con ella este valle se mantendrá firme y la vida podrá continuar. Este dolor no es un sinsentido, este padecer es necesario para que el mundo siga moviéndose, alimentado por nuestra carne, por nuestras esencias. La sangre escurre entre las navajas de obsidiana; entre más la miro, menos puedo pensar. Si al menos pudiera ver a Yóllotl a la cara, podría ignorar más fácil el dolor, pero solo puedo sentir su peso sobre mi espalda y escuchar sus jadeos alegres.

No me detengo ni un segundo, me da miedo hacerlo y no poder retomar la marcha. «¿Del otro lado también estará lleno de cuchillas o será una montaña de piedras normales?» Ruego por la segunda opción. «¿Podré bajar la cumbre cuando llegue a ella?» No quiero ver mis rodillas; un líquido escurre en mis piernas, como una fuente que no acaba. Empiezo a dudar y hago lo único que se me ocurre para centrarme.

—*¡Ya vamos por la mitad, Yóllotl!* —Él me contesta con un par de ladridos. Xiuhtototl es más callado, más tranquilo. Es un perrito viejo, pero también responde con un ladrido feliz. Ambos comienzan



a ladrar y jadear. Platicar con Yóllotl es lo único que me hace sentir tranquila.

Llego a la cima, donde no hay cuchillas, sino un suelo liso y negro: obsidiana pura. Desamarro a los perritos tan rápido como puedo; se estiran, también están cansados. No tengo idea de cuánto tiempo tardamos en subir. Me tiro en la piedra; está fría, jamás creí necesitar esa frialdad. Las heridas no me duelen, hago un nuevo descubrimiento: la sensación de dolor solo dura el momento en el que se abren las heridas, luego desaparece. Tomar un descanso en el ascenso tal vez habría sido mejor, pero no podía arriesgarme.

Entonces la recuerdo: ¡la señora Xiuhtlalli! Me concentré tanto que me olvidé por completo de ella. Me levanto rápido y corro a la orilla. Logro distinguirla a la distancia, ha subido poco más de la mitad del camino. Grito para animarla:

—*¡Usted puede! Ya no falta mucho.* —Ella voltea en mi dirección. No veo bien su rostro, pero creo entrever una sonrisa. Decido esperarla, así que voy al otro lado de la colina para escudriñar el lugar del descenso. La bajada no es tan empinada y el camino es un híbrido de piedras reales, tierra y navajas, por lo que será más sencillo.

—*¡Gracias a los dioses!* —sentencio en voz alta y espero recostada. Me quedo profundamente dormida.

IV



Aquel sueño en la cúspide del cerro ha sido el más reparador en toda mi vida y muerte. Aunque aquí el dolor no se prolonga tanto como en vida, el cansancio y la fatiga que acumulas a lo largo del trayecto no desaparecen. Siento que ya no puedo más, pero apenas llevo un tercio del camino y eso me agobia más que cualquier otro pensamiento. Para la señora Xiuhtlalli es igual, o al menos eso imagino, porque estamos tan cansadas que, pese a que no nos hemos separado, el silencio ha sido nuestro aliado.

Sin darnos cuenta, entramos a un páramo desierto y ausente de todo tipo de vida posible. El aire está revestido de rojo a causa de la sangre que levanta de los cuerpos. Antes de dar un paso más, nos detenemos a meditar qué es lo que haremos. El viento va y viene, se calma y tiene ataques de ira en los que lanza corrientes de aire,

que son como dardos, hacia nosotros. En el aire rojo, creemos ver aves negras. Nos desconcertamos al darnos cuenta de que en realidad son cuchillas de obsidiana que vuelan entre las olas rojas y vaporosas.

Llevamos algunas cosas entre nuestro cargamento: ropa abrigadora, un macuahuitl, algunas dagas y piedras de obsidiana que recogimos de la montaña, artefactos de costura, pero nada que nos sea útil ahora. Es difícil transitar por aquí cuando se tiene tan poco. El aire es afilado y peligroso, pero no es frío, así que los ropajes no servirán de mucho. Concluimos que no tendremos más opción que cruzar así. Miro a Yóllotl; no quiero que sufra este viaje, pero no creo que haya solución.

Tomo las protecciones que usé en mis manos y pies. Con el cuchillo y mis instrumentos las adapto lo mejor que puedo para las patitas de Yóllotl y utilizo lo poco que me queda de hilo para tejer una protección para su carita. Todo es improvisado, pero espero que ayude. Él toma la delantera, camina al frente como si supiera el camino de memoria. Entonces lo recuerdo: aquí él es el guía, los perros tienen mejores ojos para detectar movimientos.

Cruzo la cortina roja; su olor a hierro delata la presencia de sangre en su esencia. Pierdo la visibilidad gradualmente, así que me asusta más el camino. Veo a Yóllotl para no perderme en este sentir,



se detiene y sus orejas se mueven de la misma forma en que lo hacen cuando escuchan algo extraño. Mi atención se enfoca en el sonido y logro esquivar una cuchilla. Yóllotl se recuesta y esquiva otra, pero golpea el macuahuitl que coloco frente a mi rostro por instinto, este resiste, pero siento el golpe perforador en mis brazos y piernas. Me arrodillo. Se ha llevado la carne y ha dejado al descubierto mi musculatura.

He perdido de vista a la señora Xiuhtlalli; espero que le vaya mejor que a mí. Abro los ojos y me doy cuenta de que no hay manera de evitar los golpes. Retiro el macuahuitl y lo guardo, habrá un momento en el que me será de utilidad y no es aquí. Continúo caminando y hago mi mayor esfuerzo por esquivar las oleadas, dejándome guiar por el semblante de Yóllotl. Atisbo mi alrededor entre la neblina roja: los cadáveres bailan en una danza siniestra y retorcida, caen al suelo y después, con las pieles descarnadas y rotas, se levantan y siguen adelante, más lentos, más muertos, pero siguen. Me pregunto quién se rendiría a un paso del final. Duele, pero no hay más opciones, no cuando el final está a una última marcha.

V



A pesar de todo, no me desagrada estar muerta; soy más fuerte y ágil que en vida. Cada día sentía que era una carga, no podía trabajar tanto como los demás y nunca tuvimos los suficientes recursos para mejorar las cosas. Si hubiese tenido más fuerzas, me habría gustado ayudar más. Pienso en eso mientras veo el cielo eternamente sumergido en tinieblas. Me pregunto cuánto habré descendido ya. Todavía estoy a las afueras del vendaval rojo, donde siento el frío rozar mi carne y reposo un rato.

Decido continuar con la esperanza de volver a ver a la señora Xiuhtlalli en el futuro. Entre más bajo llego, más decae la temperatura. Me levanto y, cuando veo el horizonte, descubro un nuevo obstáculo: un paisaje de colinas de hielo y nieve. Distingo cuatro con claridad, pero las historias dicen que deben ser ocho aproxi-

madamente. Tan vasto y largo es el trayecto. Me asombro y trato de ver esta agria experiencia como la única oportunidad que me da la muerte para viajar.

Llega el momento de reducir la carga; me coloco la ropa abrigadora que he cargado en la bolsa por tanto tiempo. Mamá la tejió para mí, le agradezco en silencio a ella y a mi familia, por ellos sigo fuerte. También saco unas pequeñas botitas y una prenda que hice para Yóllotl y se las pongo. Luce más abrazable que antes. Una vez más, él es el guía, quien puede ver mejor el camino. Le doy unas palmaditas y apura el paso delante de mí, su cola se mueve con optimismo.

Dentro del torbellino helado, mi visión comienza a coartarse por el hielo fundido en el aire. El paisaje majestuoso y pulcro contrasta con su naturaleza cruel y despiadada. Por primera vez en todo este tiempo, el panorama tiene algo de blancura; se me sale una sonrisa medio muerta y descarnada, pero esta se desvanece de inmediato. La corriente es tan gélida que mi rostro se quema, arde y casi no puedo abrir los ojos. Llamo a Yóllotl y amarro en su cuello un cordón con delicadeza.

—*Mi vida depende de ti, corazón* —le digo a Yóllotl con los ojos cerrados, y después los cubro con mis manos.



La densidad del oxígeno complica la sencilla tarea de respirar. Recuerdo mi vida, cuando mis pulmones eran tan débiles que era imposible respirar para mí, aun cuando el esfuerzo era menor a este. Con eso en mente, me levanto. «*Tengo que poder con esto*». Nuestro andar es pausado y lento; el mío, torpe y ciego; el de Yóllotl, firme y límpido. Sin embargo, él se acopla a mi ritmo. Abro los ojos para mirar el suelo y así alejar la desesperación de no ver, y de esta forma continúo la travesía. Cuento cada monte nevado y blanco que pasamos; entre los últimos el viento se tranquiliza, pero no así la frialdad, que prevalece impasible.

En la albura del ambiente, acaricio el deseo de derribarme y mirar el cielo o, más bien, donde lo estaría sino estuviera bajo tierra. Resisto la idea; sé que, si sucumbo aquí, no volveré a levantarme nunca. La rudeza del entorno me destrozará si prevalezco aquí más de lo debido. Prosigo sin descanso y, solo cuando estoy fuera de aquel tortuoso y bello lugar, grito de cansancio y dejo que mi cuerpo se rinda ante la fatiga. Yóllotl sigue mis pasos y se recuesta a mi lado.

VI



El frío y la nieve se desvanecen, lo que da paso a un nuevo panorama. La serie de collados que desfilan ante mis ojos está atestada de pasto y plantas verdosas, una vista inusual. La tierra bajo mis pies empieza a henchirse con una vegetación insólita y fuera de lugar. A pesar de que la vista es preciosa, ya no siento tanta fascinación como al inicio. El camino me ha demostrado que no puedo confiarme, aun en los parajes más bellos.

Después de hacer un recuento, entiendo que solo quedan dos posibles obstáculos por recorrer: flechas o bestias voraces. En cualquiera de los casos, las armas son la mejor opción, así que saco el macuahuitl. El lugar se encuentra mudo, de vez en cuando oigo quejidos en la lejanía. Aligero mis pasos, trato de permanecer así: sigilosa y taciturna. Aunque parezca una senda solitaria, debe haber alguien o algo observando.

La hierba bajo mis pies desentona de todo lo que he sentido antes, el pasto es suave y tiene ese olor característico a humedad; me hace sentir viva otra vez. Las elevaciones de los collados son suaves y de poca altura. Una senda transitable y recta entre las sierras diminutas se desplaza hacia la meta, parece un camino trazado para evitar que cualquiera pueda perderse, resulta tan accesible que me asusta.

Decido ir por encima de los collados, aunque me tome más tiempo. Avanzar en línea recta por el sendero sería lo ideal, sino fuera por las pruebas que aguardan todavía; en cualquier momento alguien o algo podría saltar al ataque. Busco en el horizonte el confín del paraje mientras avanzo, pero no lo encuentro. Progresivamente, el ambiente cambia. Al inicio escucho susurros y sonidos sutiles. Más tarde, entre los árboles, una serie de piernas se persiguen entre sí.

Ahora mismo, las flechas vuelan frente a mí, van y vienen. Aún no prestan atención a mi presencia, aprovecho esa ventaja y avanzo tanto como puedo, escondida; a la vez, intento recolectar información. Casi no consigo nada, solo sé que un conjunto de seres desconocidos dispara flechas; no puedo verlos, son sigilosos. Las personas huyen presurosas, pues muchos no cargan armas. Yo tengo un macuahuitl y me pregunto si será de utilidad. En esta situación es preferible cubrirse de los peligros y escapar de ellos que luchar.



Lejos, veo una agrupación, parece ser un *pilli* importante. Lo respalda un séquito de personas que, asumo, debieron ser esclavos sacrificados; ellos cargan la mayoría de las cosas, aun así no parecen tan derrotados como las otras gentes que he visto. Así es la vida y la muerte; algunos tienen mayor ventaja que otros. Procuro no pensar en ello, hacerlo no mejorará mi situación. Aparto la vista y trato de seguir adelante, sin embargo, auella visión me hace sentir atrapada y desprotegida; a mí nadie va a cuidarme la espalda.

Una flecha interfiere mi vista, después otray una más. Corro y me escondo detrás de un árbol. Yóllotl ladra, me doy cuenta de que se ha escondido tras otro árbol lejano a mí en el tiempo que estuve absorta en mis pensamientos. Con un chiflido le ordeno que se vaya y así lo hace, lo veo perderse entre los árboles y arbustos; los tiros no lo siguen, sólo me persiguen a mí. Estoy sola y no tengo a dónde ir; escucho los pasos que vienen en mi dirección, hacen crujir las ramas.

Entonces, una lluvia de flechas se incrusta en el árbol. Ahora entiendo por qué la gente corre, no puedes distraerte ni un instante. Entre más se acercan a mí, los tiradores son más precisos. Oigo el sonido de un tambor en mi pecho; retumba cada vez más rápido. Tengo que tomar una decisión; veo el horizonte y trazo un mapa mental de la ruta a seguir, tomo una bocanada de aire y corro en

zigzag. Al mismo tiempo, busco árboles con la mirada, donde logro ocultarme.

Así continúo; mido la distancia que gano por la precisión de los tiros que fallan según la lejanía. Cuando creo que he triunfado, siento una flecha incrustarse en lo que queda de mi pantorrilla, así que me detengo bruscamente. La sangre brota y empapa la tierra; esta la absorbe con velocidad, en cuestión de segundos la ha consumido toda. Entonces entiendo cómo es que estas tierras se mantienen vivas. Levanto la mirada y alcanzo a ver al frente a quien dio el disparo: una criatura antropomorfa, casi ciega, con poca piel en los huesos, la cual ha adquirido un tono púrpura parecido al de un cadáver.

No tengo tiempo para reflexionar, así que arranco la flecha de mi pierna y la mantengo en mi puño, mientras que con mi otra mano sostengo el macuahuitl con firmeza. Arrojo la flecha con un buen impulso hacia la criatura y vuelo en su dirección. Lo golpeo con fuerza ahí donde deberían estar las costillas. Tiro del arma y lo arremeto de nuevo, esta vez detrás de la cabeza.

—*Perdón, pero alguien me espera*—le digo a la criatura con Yóllotl en mente. Me siento culpable por golpearlo con tal fuerza. Tomo su arco y algunas flechas, y me retiro apresurada.



Corro sin descanso hasta que puedo vislumbrar el límite de este sitio: el último collado. Solo entonces empiezo a sentir los efectos del esfuerzo físico; estoy agotada y mi andar es cada vez más débil. Los miembros que algunos proyectiles rozaron se han puesto negros, y la piel se ha comenzado a caer. La tierra se la traga toda en un instante; siento escalofríos al presenciarlo.

Mis manos tiemblan, no pueden contener la inquietud que germina dentro de mí. La intranquilidad que este paraje sembró sobre mí crece y se extiende con velocidad. Arranco la carne podrida y la entierro en esta tierra de muerte antes de seguir, y me prometo que junto con ella entierro mi cobardía. Este camino no es para aquellos que no sienten temor, sino para quienes tienen las agallas de plantarse frente a él y subyugarlo.

A las afueras, en el páramo desierto, se encuentra Yóllotl, quien espera recostado junto a dos personas. No puedo ver sus rostros, se encuentran de espaldas. Yóllotl se percata de mi presencia y se levanta de golpe, da vueltas, ladra, mueve la cola y salta contento. La mujer voltea y me encuentro con una cara conocida; es la señora Xiuhtlalli acompañada de Xiuhtototl. La identidad de la otra persona sigue siendo un misterio.

VII



Encontrarte con un rostro familiar después de presenciar la carne pudriéndose y desprendiéndose de tu cuerpo es, sin duda alguna, la mejor recompensa que pueden darte los dioses. Luego de tantos horrores, un acto tan simple me hace recobrar la confianza. Miro a la señora Xiuhtlalli con las lágrimas asomándose por mis cuencas y una pierna destrozada. Cojeo a toda velocidad en su dirección. Delante de ella, el hastío y la agitación comienzan a escurrirse por mis mejillas en forma de un llanto desconsolado. Estoy cansada de ser fuerte y hacer todo sola. Se lo digo a la señora y ella me abraza fuerte, como solía hacerlo mi madre.

—*¿Hace cuánto que no purgas tu corazón de todas esas penas?*
—me dice con delicadeza—. *Así como mantenemos limpios nuestros cuerpos, así también lo necesita nuestro corazón. Entre más pesar guardes, más enfermo se pondrá.*

Aquella sentencia abrió las compuertas de mi espíritu, que hasta ahora yacían cerradas. Esa sensación de opresión en el pecho comenzó a disiparse junto con mi llanto. Me lamenté hasta que mis ojos quedaron secos y un peso invisible desapareció; ahora me siento renovada. La señora Xiuhtlalli me presenta a su acompañante, una chica joven, calculo que debe tener más o menos mi edad. No habla mucho, pero es amable; su nombre es Tlahuizcalli. Ellas se conocieron en los primeros parajes del camino, luego se perdieron el rastro. Se reencontraron poco antes de llegar a los collados. Cuando la señora vio a Yóllotl a las afueras, decidió esperarme, pues temía lo peor. Agradecí su gesto infinitamente; de no haber salido, ella se habría llevado a Yóllotl.

La señora Xiuhtlalli trae consigo un par de escudos y algunas armas algo desgastadas, pero eso no importa, cualquier tipo de ayuda es valiosa. Me explica que se encontró con aquel *pilli* y su séquito, quienes, generosos, le regalaron algunas cosas. El viaje no tiene piedad ni preferencias con nadie. En ese momento, siento arrepentimiento, en algún punto pude pedir ayuda para salir adelante, pero no fue así. De hecho, me pregunto si habría podido tolerar tanto tiempo en soledad de no haberme encontrado a la señora. Decido no concentrarme en los arrepentimientos, sino en mis nuevas compañeras. Me siento motivada; si nos mantenemos juntas, podemos llegar hasta el final.

Distribuimos nuestras pertenencias mientras nos mentalizamos para lo que viene. Con las armas en mano, dirigimos la vista hacia nuestro destino. Ahora solo interfiere un páramo desértico de dimensiones inconmensurables, cuyo único sonido es el eco infinito de las criaturas hambrientas que en él habitan. El camino parece vacío, a lo largo del trayecto sólo hay tierra seca, matorrales maltratados y piedras huecas de distintos tamaños. Algunas me inquietan; son oscuras por dentro. El sonido de los ecos nos mantiene alerta, pues confunden nuestros sentidos de orientación, no hay forma de saber de dónde vienen o hacia dónde van.

Por primera vez en todo el camino, la neblina en la parte superior desaparece y reluce un tapiz de estrellas doradas y resplandecientes, el cual nos sorprende y al mismo tiempo nos asusta; ahora todo el panorama es negro. En la tierra están plasmadas las huellas de felinos y otras tantas de coyotes. Jalo a Yóllotl hacia mí y le ruego que no se aleje por nada. Mi vista vuelve a las rocas y las examino con cuidado; son cuevas. Mis sentidos se aceleran; sujeto más fuerte el macuahuitl. Mi mente recita “*cuevas, Mictlán, felinos. Cuevas, Mictlán, felinos*” una y otra vez, como una canción que presagia el final de una vida. Me doy cuenta de que las demás también lo piensan al ver las huellas porque nos detenemos a la mitad del paraje.



—*No podemos confiar en nuestros oídos* —sentencio en voz baja, mirando hacia ninguna parte, abstraída. La señora Xiuhtlalli asiente con frialdad.

—*Manténganse juntas* —la señora toma una bocanada de aire y colocamos a los perros al frente.

Sin embargo, ocurre lo inesperado: transitamos el extenso camino sin contratiempos, sin ningún otro sonido más que los ecos a los que ya nos hemos acostumbrado. Alcanzamos a ver lo que creemos es el borde del mundo y ahí encontramos todas las dificultades que hasta ahora parecían ausentes. Ecos y gritos se conjugan en un tornado de ruidos siniestros que anuncian el fin del camino. Multitudes de cánidos y felinos se conglomeran en el borde de la tierra. Juntos resguardan la entrada a la residencia de los señores de la muerte

El gentío intenta escapar o defenderse, pero siempre falla. Permanecemos inertes, boquiabiertas ante la escena, sin saber qué hacer o cómo atravesar aquella cortina de garras y dientes. La cantidad de animales sobrepasa en demasía a la de los muertos, incluso con los perros. Bajamos las armas como una muestra de obligada resignación. Toda la travesía se compuso de elementos que nos obligaban a despojarnos de la carne sobre los cuerpos, pero también de parte de nuestro espíritu.

Enseguida comienzo a cavilar; tal vez no se trata de pelear contra el camino, lo cual es lo mismo que no aceptar la muerte. No se trata de llegar a ningún lugar, ni de dónde terminas. No hay reposo ni trabajo. Aquí solo se extirpan los despojos de lo que fuimos alguna vez, y se renuevan para formar más vidas allá arriba: el máximo y último sacrificio para que el ciclo continúe. Tlahuizcalli retrocede, asustada; no está lista para lo que viene y no la culpo.

Un gruñido protesta desde atrás. Al girar, encontramos un panorama vacío, el suelo elevado y las estrellas que lo coronan; de estas últimas emerge la silueta oscura de un jaguar negro con unos ojos dorados que se confunden con las estrellas, nos hiela la sangre. Enseguida aparece otro y otro más, no paran de llegar. No tenemos a dónde escapar, ni las fuerzas ni las armas suficientes para pelear.

—*No quiero desaparecer*—dice Tlahuizcalli. Las lágrimas delatan su miedo a morir, a dejar de existir—. *No quiero que termine.*

—*Tu vida no va a acabar, solo cambiará*—la miro y una sonrisa se me escapa. No le miento; prevaleceremos, solo que ya no seremos nosotras. Tlahuizcalli toma con fuerza la lanza usada, pero yo le sujeto la mano con suavidad y niego con la cabeza—. *Al menos nos vamos juntas.*

Los félicos nos rodean con sus cuerpos descomunales y avanzan con precaución. Coloco el macuahuitl en el suelo frío, con suavi-

dad, y acepto mi destino. Clavo mis ojos en los de aquel hermoso jaguar y su séquito; su mirada ha perdido la severidad, ahora es luminosa, como la de un cachorro que únicamente busca con quién jugar. Cuando mis compañeras lo notan, hacen lo mismo. Suspiro al tiempo que un peso se me quita de encima; siento paz porque después de este último sacrificio ya no habrá más dolor ni cansancio.

Un rugido ensordece nuestros sentidos, la visión se distorsiona, todo se mueve a mi alrededor, y los objetos se duplican; estoy atrapada en una diplopía. Inmediatamente, lanzan otro más y el efecto se repite una y otra vez. Quedo en el suelo y no consigo distinguir nada con claridad. Hay uno de ellos sobre mí. Solo cuando clava sus colmillos sobre mi pecho, mi percepción vuelve a la normalidad. Escucho los ladridos de Yóllotl, cuyas pequeñas mordidas son ignoradas por los felinos. No representa una amenaza, así que pasan de largo con él. Entonces, me desmayo.

VII

El mictlán, el verdadero final



Cuando Tlanextli recobra la consciencia, lo primero que nota es la debilidad en su cuerpo, se encuentra adormecida. Apenas tiene fuerzas para mover la cabeza y encontrarse con su cuerpo casi cada-
vérico. El pecho está vacío, el corazón ausente y devorado; tampoco hay dolor. El cuerpo le falla, como si hubiese perdido la capacidad de movimiento o como si ya no recordara cómo hacerlo. De hecho, apenas y recuerda su nombre y el de su amigo, Yóllotl.

Cuando ve los cuerpos de sus compañeras tumbados, recuerda brevemente sus nombres, así como lo que acaba de ocurrir y su objetivo final. Consigue levantarse, anda con torpeza y lentitud. Para su sorpresa, nunca antes se sintió tan ligera y libre. Los devoradores pasan de largo con ella, pues ya no posee nada que les interese,

se limpian el pelaje y la ignoran por completo. Avanza lentamente, guiada por su amigo inseparable.

En el fin del trayecto se encuentra con otro río, cuyas aguas transitan tranquilamente. Una vez que su cuerpo se hunde en ellas, tanto la carne podrida como la que prevalece viva y residual se desprende con docilidad y, sin darse cuenta, poco a poco olvida gran parte de sus recuerdos, solo queda lo esencial: aquellos que fueron los más importantes para ella. Al fallecer, se le coloca al difunto una piedrecilla preciosa en la boca para que esta retenga parte de la esencia de su teyolía, el cual reside en mayores cantidades en el corazón.

El teyolía le permitía moverse, sentir tanto emociones como sensaciones, y lo más importante: recordar. Si ella hubiese tenido corazón, todavía lo sabría. Sin embargo, una vez que fue devorado, lo poco que era capaz de percibir o sentir era gracias a los residuos adheridos a sus huesos; los mejores recuerdos que tuvo en vida yacían indisolublemente unidos a ellos y en la piedrecilla que conservaban sus padres a la distancia.

Al final del camino, Tlanextli y sus camaradas no necesitan sus ojos; en la honda oscuridad no hay nada que mirar; están tan cansadas que no tienen energías para llorar de alegría por su reciente logro. Después de todas las aventuras que han vivido y desfallecido, la negritud se vuelve el hábitat ideal para descansar; el silencio total



se vuelve su melodía favorita. En cuanto colocan un pie dentro de aquel abismo, dentro de la cueva helada se enciende un techo de estrellas, que no son suficientes para alumbrar el lugar; no pueden ver siquiera sus propias manos.

De alguna manera puede percibirse una ligera neblina en el aire junto con un olor a sangre y copal. Lo único que las guía es la voz espectral que resuena en sus huesos, que reconocen su lugar de origen, así como a sus protectores: el Señor y la Señora de la Muerte. La negrura más pura que ahí se encuentra trae consigo una quietud tan pacífica que las hipnotiza a tal grado que no notan la presencia de nadie más que de ellas mismas.

Tlanextli entiende que la vida que llevaron fue un préstamo y ha llegado el momento de devolverlo. Se encuentra ante su destino: un templo construido con huesos y cenizas. Al centro, enormes e imponentes, se erigen Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, sentados uno frente al otro en sus inigualables tronos. Debajo de ellos se encuentran dos vasijas y, cerca de Tlanextli, hay un recipiente más con forma de jaguar, el cual permanece cerrado.

La diosa se levanta y una inercia inexplicable hace que la mujer se arrodille ante ella y que Yóllotl baje la cabeza. Mictecacíhuatl, como anfitriona, devuelve el gesto y señala los recipientes con una seña casi teatral. Uno de los hermosos contenedores rebosa de abun-



dante sangre, mientras que el otro desborda cenizas. Entonces, la diosa exclama:

—Hemos recibido los dones y las ofrendas de los que aún viven, y también parte de las tuyas —Mictecacíhuatl apunta con la palma abierta hacia el contenedor sellado. Tlanextli se levanta, vuelve a hacer una reverencia y destapa el recipiente ceremonial frente a ella. Se encuentra ante una figura gaseosa con forma de corazón. Un reflejo la hace palmarse el pecho vacío y la sustancia se desvanece mientras asciende.

Tlanextli comprende y saca las ofrendas que llevaba para este momento, un último regalo por la vida que le habían dado. Entre las ofrendas, Tlanextli le ofrece también sus ropas cubiertas con sangre y piel muerta, así como el cordel de algodón que lleva Yóllotl consigo. Mictecacíhuatl las acepta con singular alegría. Tlanextli les ruega que le cuenten todo sobre el origen y el fin del mundo, su funcionamiento y la totalidad de su conocimiento; les pregunta qué será de sus memorias, así como las de todos los seres vivos.

Los dioses la miran como se mira a los niños que todavía no comprenden nada del mundo. Con una sonrisa descarnada y dócil, le susurran unas palabras que los vivos como tú no podrán escuchar, aunque husmeen en las memorias de los muertos a través del sueño. Los ojos de la joven se llenan de asombro y su sonrisa de paz

Mictlán

y alegría, antes de caer dormida en el regazo de la diosa. Mictēcacíhuatl toma sus huesos, los coloca junto a los de los otros y los resguarda, pues se trata de su mayor tesoro.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



México, 2022

